

---

EDICIONES DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA MEXICANA/15

---

AGUSTÍN YÁÑEZ

DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

# PLUS ULTRA

[DISCURSO DE HUELVA]



MEXICO, 1975





PLUS ULTRA  
[DISCURSO DE HUELVA]

Derechos reservados © Academia Mexicana,  
Donceles 66, México 1, D. F.

EDICIONES DEL CENTENARIO DE LA ACADEMIA MEXICANA/15

AGUSTÍN YÁÑEZ

DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

# PLUS ULTRA

[DISCURSO DE HUELVA]

*Discurso de clausura del XVII Congreso del Instituto Internacional  
de Literatura Iberoamericana pronunciado por Agustín Yáñez,  
Director de la Academia Mexicana, en el salón de  
actos del Ayuntamiento de Huelva, el  
miércoles 26 de marzo de 1975.*

MÉXICO, 1975



# I

## INTRODUCCIÓN

*Vuestras Reverencias:*

*Fray Antonio de Marchena, Fray Juan Pérez:*

—Aquí estamos, aquí venimos de confines donde nunca el sol se ha puesto, ni jamás podrá ponerse.\*

Venimos en busca de un hombre que aquí suele hallar asilo, comprensión, aliento y descanso. Aquí realizó su sueño de hallar corto camino a tierras de Buda y de aquí salió a encontrar dilatado mundo nuevo.

Sñas: ojos en fosforecencia —fuego de Bizancio y Santelmo—, en que acaso fue adivinando el fuego atómico; mentón categórico; figura vertebral, entre serena y nerviosa, impetuosa. ¿Se llama Cristóforo —que transporta a Cristo sobre abismos de agua—, o Alonso el que cabalga tierras en busca de belleza y justicia? Bien a bien lo ignoramos. Mas cualquiera sea, se trata de igual personaje, poseído de santa locura.

\* La clausura del Congreso estaba prevista para su celebración en el convento de La Rábida. Causas de fuerza mayor determinaron por sitio el Salón del Ayuntamiento de Huelva.



Seña más: alguna vez os dejó en empeño a un su hijo, cuando lo abatió la desesperación de vivir incomprendido; y en prenda de lucha tenaz.

Aquí debe hallarse al cabo de procelosos viajes; aquí otra vez debe descansar tras tantas fatigas e ilusiones, maceradas en cáliz de desilusión.

Venimos, lo buscamos para exaltarlo y darle testimonio de que no aró en mar. Su fe, ansiosamente vivida, fructificó en realidades, cuya creciente, asombrosa grandeza, quizá jamás imaginó, él, varón de fantasía. La vieja lengua embarcada en carabelas o llevada sobre Rocinante, tal si fuese musical Dulcinea —de mí sé decir que profeso la palabra como sacramento de música—, vuelve triunfal a La Rábida, otra vez resuena en estos muros, como en aquellas horas de agonías, de cerradas, apuradas esperanzas.

Y os anunciamos la buena nueva de un prodigio, de un milagro: la palabra que rompió el *non plus ultra*, significado en columnas hercúleas, y llegó, llega siempre más allá de rumbos y corazones, para expresar, incesante, nociones y sentimientos imprevistos; la palabra entregada en boca de marinos, olas, vientos veleidosos; la palabra forjadora de múltiples estirpes, en connubio y contacto —contagio— con maravillosos idiomas indígenas —¿podríamos decir: puesta bajo el poder del imperialismo, en el universo de lenguas imperiales?—, posteriormente acometida por influencias lingüísticas, hace tiempo, cada vez más intensa, incluctablemente, hijas pródigas de necesidades expresivas, de interco-

municación, de contigüidad y expansión vital, en la hora dinámica de ahora. Traemos la palabra que desde pronto se arrojó a encendidos crisoles, a diaria, secular transformación semántica, sintáctica, fonética; la palabra que usaron Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Cieza de León, Núñez Cabeza de Baca, para contar increíbles hazañas y espectáculos remotos; la palabra en que misioneros y apologistas: Fray Bartolomé de las Casas, Fray Bernardino de Sahagún, el Inca Garcilaso, ponderaron y defendieron la cuantía de culturas en punto de arrasamiento; traemos la palabra, el tono y matices con que Juan Ruiz de Alarcón —par entre pares— alternó con ingenios españoles; la palabra con que Sor Juana Inés de la Cruz hizo hablar la media lengua de indígenas, negros, mulatos esclavizados, y con la que dio contenido y formas nuevas a la emulación gongorina; la palabra con que cantaron carácter y andanzas Periquillo Sarniento, Martín Fierro y Segundo Sombra; con la que abrieron horizontes Darío y Silva, López Velarde, la Mistral y Lugones, Villaurrutia, Vallejo y Neruda; la palabra narrativa de Concolocorvo, Rivera, Gallegos e Icaza.

Tal es el milagro: si florecida, enriquecida, os la traemos intacta; es la misma que llevó Colón, que fraguaron Berceo y los Arciprestes, la de Cervantes y Góngora, de Lope, Calderón y Tirso, de los dos Luises, Gracián y Quevedo, cultivada en el contraste de soldados y evangelizadores, de arribistas y burócratas.

Pero aun más, traemos la comunión en la palabra. Estamos aquí españoles e iberoamericanos, unidos a la progeñe, cada vez más numerosa, fervorosa, de gente amiga, multiplicada como arenas o estrellas, que han hecho del español el idioma de creación, estudios y docencia. Ecúmene del Verbo, del Espíritu.

\*

Quienes participamos en la realización del Primer Congreso y en la fundación del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana; quienes auspiciamos la clausura del Tercer Congreso, en la hospitalaria tierra de Jalisco, México; en la clara, luminosa ciudad andaluza —patios, flores, pájaros—, en la ciudad novohispana de Guadalajara, coincidiendo con mi discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, contestado por el inolvidable colega Jaime Torres Bodet, sentimos cómo aquellos granos de mostaza revisten proporciones de árbol frondoso.

Quién sabe cuántos congresos más de nuestra fraternidad logren reunirse.

Nos asiste la certeza de que sobrevivirá, crecerá este arraigado árbol: ahuehuete o roble, fresno, araucaria o capomo.

\*

Si valiosos, cuantos comunicados de común interés hemos oído en estos días, el supremo logro ha sido el encuentro, la conversación de quienes con amor y temblor labramos el idioma que los aborígenes americanos llamaban Castilla.

Castilla, sí, cuya palabra pronto cubrió a toda España y al Nuevo Mundo.

Hacía falta que nuestras reuniones fueran amparadas por la tierra nutricia, por el cielo y sol españoles. De cuán generosa manera, caballerosa, caballeresca, el aire y el olfato, el tacto y fraternidad cordial hispana nos acoge y conforta.

Nos acoge y conforta, como fue aquí acogido y confortado, el hombre de ilusiones y sueños.

No, no será en balde vuestro patrocinio. Se traducirá en redoblado amor por la patria común, por el común idioma en que nos entendemos y sentimos, mutuamente, *plus ultra* de diferencias; nos estimulará en cotidianas faenas de creación, admiración y estudio sobre surcos de nuestra heredad, que para muchos ha sido Pentecostés, caída en lenguas de fuego.

\*

—He aquí, reverendas paternidades, Fray Antonio de Marchena, Fray Juan Pérez, el mensaje, deliberadamente barroco, que traemos al refugio, al refugiado de la Rábida, esta clara mañana de redescubrimiento. He aquí el concierto en que alternan acentos inspirados en aires universales, bajo el patrocinio de la Virgen del Buen Aire —que ayer contemplamos, reverenciamos en la capilla real del Alcázar sevillano— y bajo cuán diversos mantos nos deparan las advocaciones americanas de la Virgen María.

\*

Ya, traednos al Almirante que se lanzó contra la mar tenebrosa; dejad entrar al Cabalgante que surcó los campos de la Mancha y llenan sus hazañas plenitud universal.

—Oíd, atestigüad, fenicios, romanos, árabes, templarios, monjes arcaicos que habéis ocupado esta torre, vigía del mundo; atended, Reina Isabel: os desempeñamos la riqueza y suspiros de vuestras joyas benignas, trasmutadas en soberbias de pueblos; don Fernando, sosegad vuestros recelos.

—Ah, estáis aquí, Ruy Díaz del Vivar, quebrada la losa que trataba de contener los bríos de resurrección; al fin salís del asilo, nuestro señor Cristóbal y vos, libre de cautiverios, nuestro señor Miguel, y tú —permite tutearte— nuestro señor Quijote. Estáis aquí todos, Cardenal Cisneros, Carlos Quinto, Bartolomé de las Casas, Mateo Alemán, Gutierre de Cetina, atentos a nuestro pregón; todos cuantos creyeron en arcanos destinos, compendiados en el principio del Verbo. Nos entendéis a distancia de siglos y os entendemos. Una y la misma es la palabra que nos liga de generación en generación.

Aquí nos tenéis, en homenaje pretérito, presente y futuro, perfecto y pluscuamperfecto, en interminable conjuga-

ción de tiempos y modos, exentos de gramatiquerías, fieles al Espíritu que recrea y enamora.

Tal que flamas de Pentecostés, caen ahora en esta congregación, sus dones, fraguados en palabra hispana.

—¿Quién es éste que a última hora llega, fanfarrón de barbilla y mostachos atusados? ¿Quién sois, caballero u lo que seáis? Ah, sí, el fermentido robador de mujeres, burlador de Sevilla, que venís de apartado cercano río, donde hicisteis desfallecer a un ángel de amor, inocente palomita, novicia, con artería ramplona de que allí más bella la luna brilla y se respira mejor. ¿Cómo, aspiráis a codearos con la Sacra Imperial Majestad y el Cardenal, con don Cristóbal y don Miguel?

—Esperad un momento; consultaremos a las damas, empedernido seductor.

—Oh, sí, se han entusiasmado; como son cultas, os han seguido en las tablas de Tirso, Molière y Zorrilla, y como estamos en el año internacional de la mujer, no hay más remedio. Además, les ha impresionado saber que sois y venís de Sevilla, donde han pasado sol y lunas encantadoras. Don Juan Tenorio, pasad, y cuidado en propasaros, especialmente con las norteamericanas, cuyo código es muy severo contra el deporte que practicais.

—Perdón —o gracias— por la inoportuna, molesta interrupción con este caballero de industria, sí, cierto, de industria gozosa.



Calles de Huelva, cercanos muros de la Rábida: escuchad el coro de ínclitos pueblos ubérrimos; ved cómo se ha cumplido el vaticinio rubendariano de innúmeras gentes que cantan himnos nuevos en lengua de gloria, gloriosa, eternal.

(Ah, cómo nos acompaña, cómo no hemos podido gozar el repique de las campanas que coronan a la Giralda.) Oigámoslas repicar en el corazón, en coro con las de las catedrales, y santuarios, y parroquias, y tímidas capillas, ermitas de nuestras tierras; campanas de América, coro de vírgenes, matronas, viudas, pecadoras y santas.

## II

### EXPOSICIÓN

*Excmos. Sres. Gobernador de la Provincia, Presidente de la Diputación, Alcalde de la ciudad, Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Presidente del Congreso, Director del Instituto de Cultura Hispánica, Representante de la Real Academia Española, señoras y señores:*

Antes que producto cultural, mucho antes que fenómeno artístico, la literatura es instrumento de construcción americana.

La palabra rige al acto del Nuevo Mundo. En el principio, como medio; pero sobre todo en el fin, como *ethos*. Provisiones reales y esfuerzos de inteligencia oral entre forasteros e indígenas, la palabra diseña, realiza e infunde carácter al ser de América, nacido no del golpe que destruye, sino de la comunicación que identifica. Monarcas y navegantes, misioneros y soldados consagraron el idioma como primer elemento de penetración. El Descubridor traicionó su obra, precipitó su ruina y desencadenó la desgracia sobre América cuando en vez de palabras usó mudas arterías; fiel adicto

de Colón, Fray Bartolomé de Las Casas lo condena porque “no se había de entrar tan de rondón ni como en su casa en estas tierras, ni en forma de guerra, y que no había de salir el Almirante tan presto de la Isabela sin primero *enviar sus mensajeros* por toda la tierra, dando cuenta de su venida a todos los reyes y señores de ella, *notificándoles* venir por su bien, convidándolos a que viniesen a verlo y que para los ir a ver le diesen licencia, enviándoles dádivas, *como aún trajo en la instrucción y mandado que le dieron los reyes*”; al narrar las primeras capturas de indios que hizo Colón alevosamente. Las Casas escribe: “Cosa, cierto que antes debiera padecer cualquiera trabajo y peligro que hacerla, porque en la verdad no fue otra cosa que violar tácita e interpretativamente las reglas del derecho natural y derecho de gentes, que dictan y tienen que al que simple confiadamente viene a contratar con otros, mayormente habiéndose ya confiado los unos de los otros y tratado amigablemente, lo dejen tornarse a su casa, sin daño de su persona ni de sus bienes, libre y desembargadamente”; Colón faltó a la *palabra*, sinónimo hispanoamericano de firmeza inviolable, de realidad en absoluta vigencia. Pecado igual eclipsó la estrella de quien hubo en la lengua de Malinche la llave maestra del imperio mexicano: desde la expedición a las Hibueras, en cuyos principios Doña Marina —verdadera conquistadora de Anáhuac— es dada por mujer a Juan Jaramillo, Cortés va de fracaso en fracaso, hasta devenir en pleitista desdeñado. Por pecar contra la palabra en el rescate de Atahualpa, Francisco

Pizarro enajena los favores de la fortuna. Pecados contra la palabra desataron sobre España la leyenda negra. Pecados contra la palabra, en adelante, han torcido los rumbos de América.

Para mejor entender la importancia funcional de la palabra en la construcción del Nuevo Mundo, precisa reconsiderar la supuesta antinomia de los participantes: la masa indígena y el fermento español. En siglos de siglos han venido ponderándose las diferencias por modo igualmente radical en pro de la una o de la otra parte; quienes hablan de la superioridad hispana, menosprecian lo autóctono y atribuyen los males americanos al hibridismo resultante del mestizaje: según éstos, la civilización debió arrasarse no sólo la barbarie, sino a los bárbaros, previniendo la mezcla irreparable de lo excelente con lo vil, no sólo vil, sino incapaz para cualquier virtud; quienes por lo contrario exaltan la bondad indígena la grandeza de las culturas nativas, el ritmo dichoso de la vida prehispánica, no ven más que podredumbre, codicia y fanatismo en el advenimiento de la llamada civilización europea y, por proceso semejante al de los otros, el mestizaje les parece nefasta contaminación de vicios, exenta de ventajas, y origen de sórdido destino inexorable. Vuelto de revés el tema, no para reacomodos justicieros ni para mutuas concesiones en el plano de la diferencia de lo español frente a lo autóctono, sino para discutir los términos primarios del problema, la buena fe se sorprenderá por no haber antes reparado, insistido suficientemente o explorado con atención

en las numerosas afinidades que surgen a flor de análisis entre las raíces ibéricas y autóctonas del Nuevo Mundo; el abismo supuesto encuentra líneas de ancha comunicación; a luz del nuevo examen queda explicado el feliz arribo por opuestas vertientes a la síntesis iberoamericana, se despejan múltiples incógnitas psicológicas, sociológicas y culturales: los goznes de nuestro drama salen al descubierto en equitativa proporción. El tema es prolijo, exige largo ensayo; pero basta para nuestro propósito apuntar sus grandes trazos, dejando en suspenso el gusto de desarrollarlos con amplitud.

Las categorías constitutivas del alma hispánica y del alma indígena se corresponden profunda, sistemáticamente. Lo primero que salta a la vista en una y otra es el sentido religioso de la existencia, raíz de comunes formas de vida; claro que difieren las técnicas de realización, en cuya superficie todavía se aprecian marcadas identidades, por ejemplo, el rigor de la práctica religiosa que invade la total actividad, que impone crueles penitencias no sólo voluntarias, sino gozosas para quien las ejecuta; el español y el indígena son capaces de todo sacrificio, inclusive hacienda y vida, por el cumplimiento de sus imperativos religiosos; la emulación colectiva para sobresalir en ello, así como la impronta cruel de la religiosidad es característica de ambos grupos; el servicio divino mueve a los individuos y al estado, sin reservas, engendrándose violento proselitismo, allá y aquí traducido en guerras de religión; fundamentalmente la conquista es una cruzada, móvil en que algunos tratadistas hallan la justa causa para

el empleo de la fuerza; fundamentalmente un temor de carácter religioso quebranta la defensa indígena. Más que en los sacrificios humanos y en la antropofagia de índole sagrada —puntos neurálgicos de la cuestión— deben escudriñarse las bases conceptuales y místicas de las religiones aborígenes; al respecto se ha dicho que los misioneros españoles trataron de hallar equivalencias entre los dogmas cristianos y el acervo de creencias nativas, con afán de lograr fácilmente sus propósitos; pero sofisticando los términos y dando rienda libre a su fantasía. Esta manida tesis es falsa si quiere aceptársela como regla general. Por el contrario, los casos de falseamiento constituyen la excepción: los misioneros vieron con claridad, primero, el sentido religioso que privaba en estas tierras; luego, las afinidades de dirección conceptual y mística entre la doctrina cristiana y las doctrinas indígenas; pero sobre todo advirtieron las capacidades que los nativos aplicaban en su vida religiosa, y hallándolas propicias en mucho para la cristianización de los pueblos, las aprovecharon con destreza. El celo religioso es una de estas capacidades afines, ya señalada. Otra, y muy importante, aparece con la fuerza de abstracción metafísica común al español y al indio. En ciertas comunidades indígenas tal capacidad es asombrosa; por lo regular todo el acto prehispánico del continente la revela. Muchos grupos ni siquiera necesitan la concreción material de sus mitos. En otro caso, la representación de los dioses, la teogonía y el culto son fórmulas abstractas; ni ellas, ni las fuerzas venerandas de la naturaleza

son fines en sí; tras del mundo intrincado de su simbolismo intuían realidades “invisibles e impalpables”; tras el sol, que como astro recibe el nombre de Tonatiuh, los aztecas abstraían una fuerza vivificadora que llamaban Tonacatecuhtli —“señor de nuestra carne”— y todavía más alto encontraban el supremo poder y principio de los cielos: Ometecuhtli; símbolos de una y la misma realidad, en dos aspectos diversos, Quetzalcoatl y Xolotl representan la estrella crepuscular; las maravillosas cronologías de los pueblos americanos forzosamente suponen el hallazgo, por abstracción, de un principio unificador. Ya en tal aptitud —afín a la del español que hallaba soberanos goces en los tratados místicos y en los parlamentos alegóricos de los autos sacramentales— descubrimos la causa de cierta semejanza en los contenidos a que conducía el parejo proceso de abstracción, sobre los cuales trabajaba luego un sentido realista igualmente implacable, igualmente profundo en españoles e indígenas, para conformar el estilo de la vida.

Es aquí donde surge la cuestión de los sacrificios humanos y la antropofagia religiosa. En la idea de reparar y propiciar a la divinidad, las religiones fundan la práctica de los sacrificios. La sangrienta oblación de Dios mismo, encarnado en el vientre de una Virgen para redimir al género humano, es principio esencial del cristianismo, en cuya dogmática el sacramento de la Eucaristía y la liturgia de la Misa no son símbolos: en el uno los fieles comen realmente la Carne de Cristo,

y la otra es la realísima repetición del sacrificio consumado en el Calvario; en pocos ámbitos de la cristiandad estos misterios despiertan el fervor que en España; recuérdense la importancia que allí tienen los cultos de Semana Santa y Corpus, las costumbres de asistir a misa el mayor número de veces, la frecuencia eucarística, el tratamiento abundante del arte a esos asuntos y el realismo tremendo que pone no sólo en las escenas de la Pasión de Cristo, sino al representar actos de misas y comuniones en los que a los santos se les hace sensible —como una gracia— la realidad sangrienta del misterio; recuérdese, por último, el subido placer de los místicos cuando alcanzan a contemplar y a participar los tormentos del Redentor, así como el afán típico de los españoles por el martirio, que les parece forma de muerte sublime, apetecible y buscada como la mejor de las hazañas; el culto dado en España a los mártires y la complacencia del arte hispano por las escenas de martirio, completarán las reflexiones acerca de esta trayectoria del realismo religioso español, si ya no se quiere pensar en la inquisición y en otras formas concomitantes de la ejecutiva religiosidad ibérica. No es un azar que la españolísima intemperancia de Fray Bartolomé de Las Casas haya podido explicar el sentido de los sacrificios humanos practicados en estas tierras, porque ofrecían a la divinidad, no víctimas animales como los israelitas a los romanos, sino lo más excelente y precioso, que es la vida humana “y si otra cosa hubiese de más dignidad



que los hombres, como son los ángeles, ofrecerlos en sacrificio a Dios era poco si fueran sacrificables (. . .) Las repúblicas que ordenaron por la ley o las costumbres que se sacrificasen a los dioses en algunos tiempos y días o fiestas, hombres tuvieron mejor y más noble concepto y estimación de sus dioses (. . .) proveyeron más y mejor, según razón natural, o con más prudencia, a la salud, prosperidad, y conservación, y perpetuidad del bien público y común, que las que no lo hicieron o prohibieron que hombres no se sacrificasen”. Es la voz de España, la voz de la sangrienta religiosidad española, que siempre ha estimulado al sacrificio y a la muerte por sus ideales. Igualmente gloriosa fue para los aborígenes la muerte del guerrero en batalla, como lo es para el español auténtico la del caballero que sucumbe peleando lances de honor y más cuando se trata de motivaciones religiosas.

El sentido paradójico de la vida, resultante del impulso de abstracción y de la tendencia realista, es afín al español y al indio: tras el rapto religioso de gran pureza, tras el ayuno y las abstinencias, uno y otro inciden en el desbordamiento de los apetitos; lo delicado empareja con lo grosero; el terrible Mío Cid se deja vencer por el planto de una pequeña niña; Cortés llora por los estragos del asedio a Tenochtitlán; los aztecas glorifican a sus cautivos que han sacrificado.

En el estoicismo aparece otra esencial afinidad entre los hombres de ambas culturas, tan evidente que no es neces-

rio explicitarla. El proceso formativo de variadas inmigraciones, el apoyo familiar de la organización política —el ayuntamiento en España, el calpulli en Anáhuac, el Ayllu entre los incas—, el gusto por la exterioridad y la fastuosidad suntuaria, el sentido ético de la existencia fundado en motivaciones religiosas y la importancia social de las postrimerías, el impulso hacia las grandes construcciones, la iracundia, el pauperismo, la poetización de la realidad circundante, son otras entre las muchas afinidades hispanoindígenas que aquí sólo cabe apuntar.

Direcciones y contenidos culturales tan abundantes determinan en cada uno de estos mundos el imperio de la expresión que les dé forma. En esto aparece la afinidad que particularmente interesa destacar y que compendia las otras consonancias.

España no impuso el formalismo en estas tierras.

Testimonios indudables: las artes plásticas, los idiomas y el residuo histórico y tradicional que rigurosa crítica nos entrega, dan a conocer la eficacia lograda por las formas expresivas y su enorme significación como factores integrantes de aquellas culturas, lo que no podía ser de otro modo, supuestos los caracteres y el desarrollo que las distinguen. El formalismo prehispánico es en gran parte de índole plástica y ritual —por lo demás con equivalencias españolas de obvia comprensión—; sin embargo, el formalismo verbal —objeto céntrico de nuestro examen— se halla vinculado con las

categorías esenciales de la vida indígena. Líneas, volúmenes y colores de la plástica —sobre todo en los jeroglíficos— de suyo implican formas verbales correspondientes a la realidad —material e ideal —allí expresada. Las lenguas poseían los recursos necesarios a los complejos de sus comunidades y los hombres las explotaron con elocuencia y las pusieron al servicio de su organización religiosa, política y social, como elemento dinámico de primera importancia, según el consenso unánime de quienes asistieron a la agonía de aquellos estados. No fue una de las menores sorpresas de los españoles descubrir la capacidad lingüística indígena: el discurso, el himno, la oración, la fórmula mágica eran instrumentos de orden público y de solemnidad institucional, sacramental; araucanos e incas, mexicanos y chibchas, maya-quichés y tlaxcaltecas manejaban la palabra con destreza. El imperio español aprovechó, no impuso, esta base de común afinidad: el imperio de la palabra cuyo poder de consolidación emparejaba el carácter de los conquistadores y de los conquistados mediante inafectables prestigios heredados de antiguo.

En la importancia concedida por ambas partes a la palabra, culminan los vínculos hispanoindígenas, que de ninguna manera deben ser entendidos como identidades: la inmortalidad, el cielo y el infierno, la encarnación de Huitzilopochtli en el seno de una virgen, el significado de la cruz, el bautismo y la confesión, el unimismamiento de los dioses en un ser superior, la comunión en especie humana, la

culpa y la reparación debida a la divinidad son contenidos dogmáticos bien diversos de los del cristianismo; pero señalan puntos de acceso y de compenetración, cuya clave la da el conocimiento de las lenguas; es revelador que Fray Bartolomé de Las Casas —una vez más nos ilumine su encendida vehemencia— pidiera al Pontífice Romano “que les mande [a los obispos] aprender la lengua de sus ovejas, declarando que son a ello obligados por ley divina y natural, porque por momentos suceden muchos y pésimos indignos en la presencia de V. Sa. por despreciar los obispos de aprender la lengua de sus feligreses”.

A los primeros esfuerzos de los invasores por darse a entender y por entender los idiomas nativos —esfuerzos, palabras de clara intención social—, suceden los requerimientos, cuyo contenido no podía ser inteligible a los naturales; pero cuyo carácter formal de intimación solemne debió comprenderse por éstos e impresionarlos; como ceremonia, respondía del mismo modo al *ethos* hispano y al indígena.

Nuestro espíritu fue desde siempre formulado en palabras. Iberoamérica se hace acto cuando los venidos de ultramar develan el secreto de las lenguas indígenas, a la vez que los nativos hacen suya la lengua de Castilla, penetrándose mutuamente. Pudieron estribar allí la felicidad y perfección del mestizaje cultural. Fue lástima que hayan sido pocos los españoles interesados en conocer el alma indígena por el aprendizaje de las lenguas, y que tal empresa sufriera estorbos

—recuérdense los obstáculos puestos a fray Bernardino de Sahagún para escribir su historia—; de igual modo es lamentable que la enseñanza del idioma se haya hecho entre cautelas con intencionada lentitud y tan elementalmente que bastara sólo a los fines de catequización religiosa y del trato cotidiano. El defectuoso intercambio fue suficiente para engendrar el espíritu de Iberoamérica. Desde luego su precario español abrió a los indios el sentido del formalismo legal que los favorecía en mucho y para el que se hallaban preparados por las equivalencias de dirección que tenían sus antiguas fórmulas legales: en la palabra jurídica encontraron armas de defensa: reclamaciones y alegatos que informan los memoriales de las comunidades indígenas constituyen piezas capitales de la literatura iberoamericana, parejamente a las crónicas que perpetuaron los rasgos característicos de las culturas autóctonas.

La evangelización es el aliento creador en el acto del Nuevo Mundo: ni la música, ni la pintura, ni la mímica —con ser medios adecuados para el indígena: especialmente la pintura— pudieron cumplir tal oficio, del que fueron sólo coadyuvantes; el aliento creador vino de la palabra, empeñada en comunicar y fundar, con la fe, las virtudes cristianas: artesanía del nuevo espíritu —de la nueva sociedad— es la literatura correspondiente: oraciones, himnos, artículos de doctrina, sermones, composiciones en verso, representaciones dramáticas. Aun cuando lo artístico aparezca en muchas de

estas formas —como sin duda en las crónicas también aparece— y reflejan el momento de la conjunción cultural, son prendas que se les dan por añadidura; su máximo valor está ligado con la empresa generadora, en la que sirven de instrumento eficaz.

Junto a la intención evangélica, una recia codicia opera el acto del Nuevo Mundo: al mismo tiempo cruzada y negocio de explotación. Contra esta fuerza que torcía y nulificaba a la primera, desde pronto se levantó la palabra y originó copiosa literatura que, si derrotada en la realidad empírica, construyó el ideal de una Iberoamérica establecida sobre la soberanía de la persona humana y el bien público, es decir: sobre bases de libertad y justicia, con severo espíritu crítico, adverso a toda especie de abuso y detención; ideal hacia el que se orienta la historia de cuatro siglos y por el que trabaja, una casi no interrumpida corriente literaria, que viene de las cartas, apologías, relaciones, tratados, controversias, peticiones, arbitrios, capitulaciones, ordenamientos eclesiásticos y civiles, procesos jurídicos, opuestos al régimen de violencia que afectó a Iberoamérica desde sus orígenes.

La tiranía recurre también a la palabra en busca de justificación, a sabiendas de que sin ese apoyo su conquista será efímera. Desde las reclamaciones de los traficantes humanos ante la Corona española y la leyenda negra contra el natural de los indios, hasta los manifiestos de los dictadores, los panegíricos del feudalismo, del imperialismo, del descasta-

miento y de toda fuerza negativa, los hijos de las tinieblas usurpan la palabra para dar apariencia de razón a sus falsos derechos; en tanto lo han conseguido, han logrado sus apetitos; y siempre fue menester la destrucción de la trinchera literaria con medios equivalentes, para conseguir el abatimiento de la injusticia.

Calcada sobre las luchas políticas y generalizada en el uso vulgar, la típica expresión: “¿qué plan peleamos”? manifiesta —quizá subconscientemente: por eso con mayor elocuencia— la necesidad iberoamericana de sujetar la conducta a fines y programas redactados, esto es, previstos con el fulgor y vigor del espíritu hecho palabra, y de la palabra fijada en letras. Dicho en otros términos, la frase demanda una literatura de la acción. Cabalmente nos la ofrece la historia iberoamericana. ¿Cuáles de nuestras revoluciones, cuáles de nuestros gobiernos, cuáles de nuestras empresas han prescindido de plan, por engañoso que sea? Y cuando la letra mató al espíritu o la realidad frustró a la palabra, revoluciones, gobiernos y empresas fracasaron. La imprevisión, como rasgo de carácter iberoamericano, radica no tanto en la falta, cuanto en lo engañoso del plan o en la carencia de madurez —pecados contra la palabra, que requiere verdad y claridad espirituales—; punto ajeno a la acción volitiva propiamente dicha, es el obrar por inercia, bajo la fuerza de las circunstancias, con actitud fatalista, y entonces no se pregunta “para qué peleamos”, puesto que no hay lucha, ni fin a perseguir,

sino en todo caso una instintiva resistencia, no específicamente humana, que cesa con el acoso. Mas la resistencia de tipo indígena no es de tal naturaleza ni debe confundírsela con aquélla; ésta se halla sujeta a plan y responde a determinantes del espíritu autóctono, rebelde.

Con frecuente nulidad y siempre con riesgo del valor estético, aun la literatura de aspiraciones artísticas —poesía, novela, teatro—, por lo común se vincula en Iberoamérica con los problemas vitales de la sociedad, a los que sirve de diagnóstico y de los que intenta ser terapia cuando se trata de vicios; y en todo caso pretende la edificación de manifiestos destinos. La nuestra es literatura edificante, salvo contadas excepciones, que son precisamente las que tienen menos o ningún carácter de obras iberoamericanas.

Poesía, novela, teatro, y con más razón el ensayo —cuyo abundante rendimiento en la historia de nuestras letras queda explicado— se han escrito entre nosotros por ese “imperioso mandato vital” de que habla Mariátegui, y pueden aplicárseles como epígrafe las palabras del propio escritor, preliminares de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*: “Mi pensamiento y mi vida constituyen una sola cosa, un único proceso. . . Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones.”

En ello estriba “la riqueza de contenido social de la literatura —observada por Adolfo Menzel— especialmente en



la novela, que constituye un material inapreciable para la construcción de la sociología americana”.

Primero el rigor medieval y contrarreformista que ha sido aludido y privó hasta las postrimerías de la Colonia; luego la influencia del iluminismo que impulsó las luchas por la emancipación política; más tarde la fuerza del naturalismo —heredero literario del positivismo— que provoca el afán de la revolución social, imprimieron a las letras iberoamericanas la invariable tendencia crítica predictiva, proselitista, eticista, educacionista, historicista, que hace más sensible su contenido social.

Con ser importante tal contenido, cuanto plantea problemas de transformación, de recreación, la literatura iberoamericana, si es auténtica obra de arte, ha de valuarse por las formas que reviste.

Arte no es contenido, sino esencial forma, o conjunto de formas que revisten contenidos.

No sólo formas externas, finales, de manifestación sensible: la palabra, el sonido, la línea, los volúmenes y colores; algo más hondo, las formas de invención y composición: largo, penoso empeño; proceso interno, que muchas veces no alcanza plasmación, o sufre vacilaciones, tardanzas.

En este campo situamos la forma barroca, tema capital de nuestra reunión.

Sé que sólo voy a reiterar conceptos lúcidamente conferidos en estos días memorables. (El esquema de mi comuni-

cado se remitió hace un mes a la Comisión Organizadora, mucho antes de saber el honor de que figuraría en la clausura del Congreso.)

Bien que afocado a México, lo que voy a decir vale para todo el mundo hispánico; el nominativo puede trocarse por el de cada uno y todos los países aquí representados.

La adopción, adaptación y desarrollo del barroco en México, vale decir en Iberoamérica, es demostración singular de las diferencias en la integración y definición nacionales.

Más que un estilo, el barroco es estado espiritual, derivado de una concepción de la vida en opulencia y derroche, cima de riqueza renacentista, exuberancia vital, pródiga en elementos expresivos.

Los triunfantes apetitos de dominación europea, que la vida colonial trató de satisfacer, hallaron en México amplios márgenes de realización.

Y coincidieron, se aunaron con el viejo espíritu autóctono, en que la exaltación religiosa, el orden político, las lenguas, las costumbres y las artes tendían al exceso de recursos ornamentales para expresar el concierto de abstracción y realismo, por otra parte tan sobrio en su concepción.

Pese a estas afinidades, las diferencias de sensibilidad europea e indígena encuentran a partir del siglo XVI, modos diametrales de concebir y practicar el barroco: signo de una idiosincrasia en formación, equidistante de fuentes originales, lo que resalta en los campos de plástica y poesía.

La mano de obra indígena, el espíritu nativo se insertan en las formas y técnicas de las primeras construcciones coloniales: fácil es descubrirlos en abundantes rasgos de fachadas y figuras —religiosas y civiles— que recuerdan símbolos de las escrituras jeroglíficas, los cánones arquitectónicos prehispánicos, los atavíos y convencionalismos para representar dioses, personajes y circunstancias aborígenes, transmutados a interpretaciones cristianas. Hay claro sentido pagano en las cruces labradas por indígenas en el siglo XVI; lo hay en los motivos mestizos del plateresco y, sobre todo, en el imperio barroco, que cobra esplendor en los siglos XVII y XVIII.

Comparados con los mayores ejemplos del barroco europeo —Roma, Viena, Praga, el churrigueresco español—, cuán evidentemente distintos aparecen el gran retablo frutal de Tonanzintla, los de Tepetzotlán, la Valenciana y Salamanca, que nos remontan a las acumulaciones alegóricas, ritmos de formas y conjuntos de los monumentos mayas.

En cuanto estado de ánimo, el barroco es instrumento expresivo. Cuántos creadores clásicos, apolíneos han acudido a su inspiración.

El impulso de traducir y comunicar invenciones, composiciones internas de la fantasía y el entendimiento, transformaciones de realidades vividas, requiere, como la respiración, movimientos alternos: algunas veces fatigosos, en ascenso, acelerados: otros, lentos, reposados: conciso en oca-

siones o necesitado de insistencias, rayanas en obsesionante delirio.

En uno y el mismo creador —arquitecto, pintor, escultor, músico, poeta— puede observarse la transición de formas expresivas, matices conceptuales y emocionales, que van de la serenidad clásica al arrebatado barroco. La propensión hereditaria del mexicano al barroco, se alterna y subordina —finalmente— a exigencias expresivas o ritmos respiratorios, clave de la estilística.

Los retorcimientos de figuras, columnas, estípites del conceptualismo, gongorismo barroco en que ha sido encasillada la poesía de Sor Juana, de López Velarde y de tantos otros mexicanos, hallan mutación en el discurrir de claras linfas, como los ríos despeñados, torrencial, ruidosamente, que alcanzan serenos remansos.

Hasta nuestros días puede advertirse cómo nuestros pintores: Orozco, Rivera, Siqueiros; nuestros músicos: Ponce, Chávez; nuestros poetas y prosistas: Villaurrutia, Gutiérrez Hermsillo, Torres Bodet, Owen, Fuentes, necesitan ser barrocos o esquemáticos para expresarse.

Estilo es estructura, arquitectura, voluntad de amaneramiento.

El barroco mexicano es preñez opulenta en punto de dar a luz la soberanía nacional.



### III

#### FINAL

*Señoras, señores:*

—Está dispuesto el Jet. Por favor, abordarlo. Se llama Clavileño. Ceñir cinturones y no fumar; esto es muy importante, porque Clavileño es respingón aun en mares y noches tranquilos, movido por burlonas pirotecnias, prontas a estallar conforme al capricho de quienes hicieron fabricarlo, para tener y ofrecer diversión.

Oh, me satisface anunciar que nos esperan en Puerto de Palos, otros modos de transportación, menos locos o con diferente género de locura. Pueden ustedes disponer de Babieca, tampoco recomendable, pues acomete batallas muerto el jinete; o Rocinante, que a veces, contagiado por las locuras de su amo, corre desenfrenado y lucha contra molinos de viento; mejor serán dos rucios, más lentos, el de Sancho Panza, insoportablemente manso, burgués, y otro llamado Platero, burro alegre, cuyo dueño es un vecino de por aquí, Juan Ramón.

Ah, no esperen, señores: a la mar se hallan tres carabelas: La Santa María, la Pinta y la Niña.

Estamos en el reino de la locura, el sueño, la fantasía, los peligros.

Las carabelas, comandadas por el raro personaje que antes contemplamos, pueden ser tragadas como frágiles nueces o plumas al viento, por los apetitos libidinosos de Neptuno —¡cuidado, señoras!— o de Sirenas, Nereidas y otras hembras que andan entre olas para perdición de los hombres —otra vez ¡cuidado, señoras, con vuestros maridos!—; aunque si han escapado del embrujo de Sevilla y las sevillanas, o de monjas como doña Inés, no habrá pendiente (¿y nuestras bellas, fieles edecanes?).

Todo es inseguro: aun el buen Platero puede llevarnos a manías y manicomios.

En fin, de aquí al Puerto de Palos, pueden ustedes reflexionar; y aun renunciar al viaje a que nos invita el hombre misterioso de mirada fulmínea, que hallamos en la Rábida, su base de operaciones imaginativas.

—Llega un radiograma firmado por un don Pedro Calderón de la Barca, que pone a nuestras órdenes un hipogrifo violento, que corre parejas con el viento; el señor Calderón asegura transportarnos en un segundo a cualquier parte del orbe o de los extramundos: la Luna, Marte, y a galaxias que los astrónomos no han descubierto; pero el invitante advierte que se necesita una fuerza de fantasía, comparable a la de nuestro amigo y señor don Quijote.

—Eh, ¿qué?

—Aquí se acerca, convidado de piedra, un periodista.

—Esperen, señoras y señores: ya saben cómo son los periodistas; en aplazándonos nos ponen de oro y azul (Bien que afirma el refrán: "quien quiera azul celeste, que le cueste"). Paguemos este costo a nuestro interruptor.



—Bien, sí, enterado.

—El señor periodista dice que don Pedro Calderón de la Barca construyó el ofrecido Jet, con la idea de que la vida es sueño; y añade nuestro amable informante que un muchacho Segismundo —príncipe según eso—, montado en el hipogrifo, cayó en la cárcel —oh Miguel de Cervantes— y allí estuvo largo tiempo.

—Decidan ustedes.

Yo, confidencial, amistosamente, les digo que retornaré a mi tierra y casa volando en el manto de la Virgen del Buen Aire. La capa es ancha, generosa: cabemos todos en ella.

—Oh sí, escucho, muchos prefieren aventuras y riesgos: Clavileño, Babieca, Rocinante, Platero, las Carabelas.

Exultación de libre albedrío.

Pero antes de marchar —interpreto, adivino— el albedrío libre de mis colegas congresistas, que me designan corifeo para convocar al himno en laudanza de quienes hicieron posible venir, juntarnos por primera vez, en la heredad entrañable y andar de ciudad en ciudad, casa por casa, encontrando raíz común, como de olivos y vides: aceite y vinos con los que regresamos confortados, ebrios de luz, de sol, de aire.

La tierra, el cielo, la gente —profusa parentela en semejanza— de la España eterna.

Como decía Santa Teresa, refiriéndose a los pobres, parafraseándola: los hispanoamericanos somos de natural agradecidos.

De corazón, gracias, muchas, muchísimas gracias, claros varones de Hispania.

Oíd el coro, entonado, atronado en palmas para vosotros.



Este volumen se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1975 en la Editorial Galache, Privada del Dr. Márquez 81, México 7, D. F. Cuidó la edición Antonio Acevedo Escobedo y la tirada fue de 1,500 ejemplares.

